



ESTELLA

La Bukowski



Estella Díaz, chilena, poeta, nació en La Serena en 1929. Obtuvo el premio Pedro de Oña en 1986 por su libro "Los dones preveibiles". Perteneció a la milicia bohemia de El Bosco con otros escritores de los años 50, como Lafourcade, Tellier, Lihn y Jodorowsky. No sólo fue conocida como poeta, sino por los combos y los besos que repartió en esos años. Hoy está más vieja, pero sigue peleadora. Y activa: acaba de ganar el apoyo del Fonart para un nuevo proyecto literario.

DÍAZ,

chilena

Algo huele mal en el hall de la casa de los escritores, en calle Simpson 7. Hay olor a casino, a arroz con leche o, simplemente, olor a antiguo. Es la hora de las primeras teleseries. Al frente da clases de baile el profesor Valero. Dos tipos trafican algo en un callejón corto y después se pierden por el parque Bustamante.

Estella llega diez minutos atrasada. Entra y me queda mirando. Calculo: sesenta años, pero pueden ser más. Lleva botas, pantys oscuras y un abrigo negro pasado de moda. También una cartera de doble tirante. "Siempre he sido joven y me voy a morir joven", dice de entrada. Yo me río, no por lo que dice, sino por cómo lo dice. Tiene un vozarrón enorme, de profeta, de actriz de teatro, de profesora de básica. Su mirada es intensa pero a la vez tierna, tranquila.

En la casa de los escritores sale y entra gente. En las paredes cuelgan cuadros de personajes que no conozco. También hay un collage de fotografías. Sólo descubro a Nedolés.

"Yo pololeaba con Jodorowsky"

Hace frío. Nos sentamos muy juntos en un rincón. Estella saca una cigarrera inglesa y fuma. Al principio hablamos de su viaje reciente a Cuba. Me muestra un libro de poesía que le publicaron en la isla y me dice que la gente hacía colas para comprarlo, que la trataron como a una reina. Yo le creo.

Estella se sienta en la silla al estilo cowboy. Le faltan algunos dientes y el cigarrillo que fuma le queda graciosamente entre los labios. Tiene el pelo claro. Debí ser bonita cuando joven.

"Me vine de La Serena sin preguntarle nada a nadie. Di el bachillerato en el liceo de hombres y decidíirme a estudiar Medicina a Santiago. Cuando supieron de mis planes en mi casa, mi hermano mayor me pegó y mi madre lloró. Al otro día pesqué mis cosas y partí. Tenía 18 años. Era 1947".

De pronto pareciera que estuviéramos los dos solos en la Sociedad de Escritores de Chile. El segundo piso se ve tético desde abajo. Acerco un cenicero de vidrio a la mesa, pero ella echa las cenizas en el suelo. Nos reímos.

"Estudié medicina porque quería saber que había adentro de la cabeza del hombre. Duré sólo dos años. Mi hermano Gustavo, el menor, también se vino a Santiago. Arrendamos juntos una pensión en Cumming al llegar a la Alameda, al lado del antiguo Pedagógico. Era una casa inmensa. De repente comenzó a llenarse de gente. Fue una bonita época, irreplicable. Nos juntábamos personas de todas las edades, como Ricardo Latchman y Mariano Latorre, que eran más viejos. Venía Nicanor Parra. Yo pololeaba con Jodorowsky. También iban Luis Oyarzún, Enrique Lafourcade, Teller, José Donoso..."

Estella fuma el tercer cigarrillo. Me pregunta qué tal la encuentro. Yo le digo que no se ve tan mal, pero me arrepiento casi enseguida de mis palabras. Igual pienso en el trago, en la falta de plata, en la edad. Miro sus medias corridas. Le puseo a decir que no se ve mal, y agrego que se parece a mi abuela (miento, porque no conocí a mi abuela).

"Cuando era Periodista..."

Estella me pide que compre dos bebidas en la cocina de la SECH. Yo le ofrezco comprar café, pero ella insiste. Entre en la cocina. No hay nadie. La casa es demasiado grande y fría. Encuentro a alguien que me cuenta que, el día anterior, Estella se cayó y se pegó en la cabeza. Me dice que el trago la tiene así. También me dice que si le llevo bebida, la mezclara con licor. Compró dos tazas grandes de café.

"Trabajaba en el diario *La Opinión*. A veces hacía policial. Reportaba crímenes en las calles. Tomábamos esos carros que costaban 20 centavos y nos íbamos a reportear a los barrios peligrosos. Yo escribía mucho en esa época. A las siete venían mis amigos a buscarme. Primero íbamos al café *Iris*. Tomábamos leche con vainilla. A veces, cuando andábamos con plata, comprábamos una Malta para dos. Siempre andábamos muertos de hambre, flacos como espárragos, ojeros y demacrados; todos virgenes y dolientes, esa era la onda de la juventud en esa época. Éramos Darinianos, de Rubén Darío. Leíamos al Neruda de *Residencia en la tierra*. La explosión total fue la aparición de Jean Paul Sartre. Quedó la escoba, todos nos hicimos existencialistas. En ese tiempo nadie pitaba, todos éramos universitarios, felices".

Liegan los dos cafés en una bandeja de aluminio. Ahora Estella echa las cenizas en el platillo del café. Hablamos de otras cosas: del sur de Chile, de ser de izquierda o de derecha, de poesía.



JAVIER GODOY

Aunque parezca raro, actualmente Estella Díaz es estudiada en varias universidades de Estados Unidos. Sus textos son materia de tesis.



Cuando se ha tomado la mitad del café, escarba en su cartera y saca una petaca de pisco de 35, la abre y llena la taza. El café continúa negro, pero el olor cambia. Es asqueroso. Yo no digo nada y seguimos hablando. Al primer trago, el combinado desaparece casi entero. Le pregunto por su alcoholismo. Ella me responde que es un mito, que toma como cualquiera. No le creo. Me dice que la gente se preocupa demasiado por ella, que cada uno debería meterse en sus propios asuntos y no molestar. Le hago caso.

"Le pegué a harta gente"

Llegan poetas jóvenes hasta el rincón donde estamos conversando. Estella los saluda y después se van.

"Lo más importante era El Bosco. Ahí nos juntábamos los poetas y los escritores. Llegaba todo el mundo. Conversábamos toda la noche. Había grupos: la mesa de los pintores, la de los poetas, la de los ingenieros, la de los periodistas. Villanueva era un mozo que atendía y que medía dos metros, era un ropero con las puertas abiertas. Cuando Teller se pasaba, Villanueva lo sacaba del cuello. A mí también me echaron varias veces. Toda esa fama de que yo repartía combos vino después. A las otras mesas llegaban hombres de plata y, como yo era regía, me invitaban. Entonces pedía comida, malaya, pollos, y hacía comer a mis amigos que siempre andaban muertos de hambre. Claro que después los pijes me pedían que me fuera con ellos. Yo decía que no y entonces daba el primer combo. Era sólo el primero, después arrancaba... A Lafourcade también le pegué, pero eso fue años después y por otro asunto. También le pegué a Tómic. Le pegué a harta gente, en realidad".

Estella se repite la taza, ahora con pisco solo. Afuera ya está oscuro. Pienso en la micro que me sirve para volver a mi casa. Ella, al parecer, hace lo mismo, porque me dice que va a la Villa Olímpica, que cualquier micro que baje por Vicuña Mackenna le sirve.

Salimos de la vieja casa de la SECH. Mientras caminamos me cuenta que vive con su hijo y un nieto y que la plata no le alcanza. El día que presentó su último libro, el lugar estaba lleno de público y la aplaudían harto y varios se sacaban fotos con ella. Pero la poesía no da de comer.

Nos vamos caminando por Vicuña Mackenna, hasta un paradero frente a Marcoleta. Como vamos riéndonos ninguno de los dos se da cuenta y chocamos con un ciego que camina por la vereda. Nos reímos y todo el mundo nos mira. La gente protesta por el ciego. Yo pido disculpas por los dos, pero Estella considera que la culpa la tuvo el ciego.

Le entrego mi brazo y cruzamos la calle. Antes de llegar al paradero Estella se suelta y me dice que puede andar sola. Cruza marchando como en un desfile. No sé que hace. La gente la queda mirando desde arriba de las micros. A mí no me importa que nos riñen. Hago parar la micro. Estella me dice que fue un gusto y yo le digo exactamente lo mismo. Nos despedimos. Sube a la micro y se

confunde con la demás gente. Quiero hacerle señas desde abajo, pero ella no vuelve a mirar y la micro desaparece por Vicuña Mackenna hacia el sur.



Por Sergio Gómez.

Hace pocos días, Estella Díaz, consiguió, a través del Fondari, apoyo económico para su nuevo proyecto literario. Los primeros libros de la Díaz fueron Razón de Mi Ser (1949), Sinfonía del Hombre Fösil (1953) y Tiempo, Medida Imaginaria (1959). Los Dones Previsibles se publicó más tarde, en 1986. Mientras publicaba, trabajó en los diarios La Opinión, El Extra y El Siglo, pero la acusaron de espía y la echaron del PC por instigación. Entre medias tuvo dicción, se casó y tuvo un hijo. Después del 59 siguió escribiendo pero en un arranque de lata, lo botó todo. El año pasado saltó en el programa El Mirador, del Canal Siete, pero no tenía tele para verlo.

DOS DE NOVIEMBRE

No quiero

Que mis muertos descansen en paz
Tienen la obligación
De estar presentes
Vivientes en cada flor que me robo
A escondidas
Al filo de la medianoche
Cuando los vivos al borde del insomnio
Juegan a los dados
Y enhebran su amargura

Los conmino a estar presentes

En cada pensamiento que desvelo.

No quiero que los míos

Se me olviden bajo la tierra
Los que allí los acostaron
No resolvieron la eternidad.

No quiero

Que a mis muertos me los hundan
Me los ignoren
Me los hagan olvidar
Aquí o allá
En cualquier hemisferio

Los obligo a mis muertos

En su día.
Los descubro, los trasplanto
Los desnudo
Los llevo a la superficie
A flor de tierra
Donde está esperándolos
el nido de la acústica.

Estella Díaz.